

Para mostrar mejor aun hasta qué punto es la visita una muestra de dependencia en el Japon ultra-ceremonioso, citemos un pasaje que muestra además una curiosa consecuencia de la creencia japonesa que somete el otro mundo lo mismo que éste, al monarca sagrado: en él se ve en efecto á los dioses visitarse:

« Todos los demás kamis ó dioses del país están obligados á visitarle (en el Mikado, el kami viviente) una vez al año, y á colocarse junto á su sagrada persona, aunque de una manera invisible, durante el *desimo mes*, que se llama Kaminatsuki, es decir, el mes sin dioses... porque se supone que los dioses no están en sus templos, sino que van á hacer la corte á su Dairi.»

Estos hechos y otros muchos análogos nos ayudan á entender que de las visitas propiciatorias ya á los dioses y ya á los muertos, que nosotros llamamos estas visitas del culto que nosotros llamamos propiciatorias, en las montañas del continente, los parientes van en épocas épocas á visitar á los muertos coronas de siemprevivas tierras, y se considera que los parientes marchitas de las tumbas abandonadas al llegar á las tumbas de esperar para con los muertos; en los países católicos, más allá de las montañas, se hacen viajes á las tumbas de los muertos, y se considera que los parientes marchitas de las tumbas abandonadas al llegar á las tumbas de esperar para con los muertos; en la santidad de los lugares, es el punto de partida de la visita al tiempo, y que estas dos clases de visitas son de la misma familia que las visitas de respeto hechas á los vivos. Por mucha que sea la distancia que parezca separar el acto de ir á la iglesia del de ir á la corte, no son sino dos modos divergentes de una misma cosa. Lo que en otros tiempos era una costumbre que ha desaparecido casi del todo hoy día, pero que en los tiempos primitivos y ver en ellos que un viaje á la tumba tenía por objeto llevar á ella presentes y hacer allí una profesión de fe, para que el alma del difunto se acordara de su nacimiento de las creencias que él había profesado en su vida, y que el jefe visible de la corte, el monarca, era el representante de los dioses.



Ferrer, Barris y C^o Editores.

Lit. P.^a Universidad. 7.

LA SOCIEDAD FRANCESA Y M^{DE} DE POMPADOUR.

bajo una forma más vaga la presencia del señor invisible en su templo, siempre se considera que en él está mucho más cerca del adorador que en otra parte.

Con esta ceremonia sucede como con todas las demás. Al principio, simple acto de propiciación, hacia el hombre más poderoso, ya sea durante su vida, ya después de su muerte, ya después de su apoteosis, se hace por extensión una costumbre respecto de los hombres menos poderosos, y extendiéndose más termina por la propiciación para con los iguales. Una anécdota que nos cuenta Palgrave demuestra claramente que la visita, como expresión tácita de inferioridad, es expresada por el que pretende la superioridad, y aceptada como un reconocimiento de inferioridad por el que la hace. Feysul, rey de los Wahabis, ordenó a su hijo Sa'ud que visitara a Abd-Allah, uno de sus hermanos mayores. «Yo soy el huésped extraño, mientras que él es él, habitante de la ciudad, replicó Sa'ud, y es por consiguiente quien debe venir a verme primero.» Feysul suplicó a Abd-Allah «que cumpliera con el deber de hacer la primera visita. Pero el hijo mayor no se mostró menos intratable (1).»

Los pueblos de las diversas partes del mundo nos ofrecen hechos de significación análoga. El antiguo viajero Tavernier cuenta que «los Persas acostumbraban visitarse mutuamente. Los de la más elevada categoría esperan las visitas de sus inferiores (2).» De la misma manera en África. «Musah, dice Grant hablando de un rico comerciante indio que vivía en Unyanyembe, permanecía sentado desde la mañana hasta la noche... recibiendo los saludos y los cumplimientos de los ricos y de los pobres (3).» En Europa, en la Roma antigua, los clientes visitaban por la mañana a sus patronos. Finalmente, se lee en un antiguo libro francés sobre las costumbres, traducido al inglés en el siglo xvii: «Es necesario visitar con frecuencia a los grandes y enterarse de su salud (4).»

Estos ejemplos indican de una manera suficiente el movimiento general que hace descender la visita, desde la ceremonia hasta el punto en que ya no es más que un testimonio ordinario de cortesía, que, sin embargo, no deja de tener los caracteres de su origen, puesto que se estima que es debida por un inferior a su superior mucho más que por éste a aquél, y que se vé en ella un

(1) W. Gifford Palgrave. *Narrative of a Year's Journey through Central and Eastern Arabia*. London, 1865, II, 110.

(2) Tavernier. *Voyages*, V, 16.

(3) Grant. *A Walk across Africa*. London, 1864, 48.

(4) Máxima que se llevó a la última exageración en el siglo xviii, pues puede decirse que en tiempos de la Pompadour la sociedad francesa pasaba el tiempo en una eterna visita. —(N. T.)

acto de condescendencia cuando un superior la hace á un inferior. Evidentemente la visita que el cliente hace por la mañana al patrono es una lejana consecuencia del régimen bajo el cual un jefe subalterno debia de vez en cuando demostrar su lealtad á un jefe superior, yendo á prestarle homenaje personalmente.

En este caso, lo propio que en los precedentes, debemos observar en conclusion, las relaciones que existen entre el uso de las visitas y los tipos de organizacion social.

Es evidente que en las tribus simples en las que no existe autoridad reglamentada, la visita no podria convertirse en ceremonia política, y que empieza á imponerse únicamente en las sociedades compuestas de segundo y tercer grado: los hechos lo demuestran claramente. Hoy lo mismo que antes, el agrupamiento y comparacion de los hechos permiten divisar que la existencia de esta ceremonia no tiende tanto al volúmen de la sociedad como á su estructura. Es uno de los actos por los cuales se expresa la obediencia; se halla, pues, bajo este aspecto, asociada al desarrollo de la organizacion militar. Asimismo, como lo prueban los hechos ya citados, se hace un elemento sobresaliente del gobierno ceremonial de las naciones sometidas al régimen despótico, producto de los hábitos militares, como el antiguo Perú y el antiguo Méjico en el Nuevo Mundo, y la China y el Japon en Oriente. En fin; las primeras edades de las naciones europeas atestiguan esta relacion. La relacion inversa no es ménos manifiesta en nosotros, pues vemos que la sociedad está caracterizada por el predominio del industrialismo sobre el militarismo; así que la visita ya no es una obligacion imperiosa como manifestacion de fidelidad. La misma sustitucion de las visitas por la costumbre de las tarjetas, prueba que se tiende á dispensarse de esta formalidad en las relaciones sociales.

SALUTACIONES

Lewis y Clarke cuentan que habiendo sorprendido á algunos Shoshones, «dos de los cuales, una mujer ya de alguna edad y una niña pequeña, advirtieron que era sobrado tarde para escapar, sentáronse en el suelo y bajaron la cabeza, como resignadas á la muerte que parecian esperar. La misma costumbre de bajar la cabeza y de invitar al enemigo á herir cuando se pierde todo

medio de escapar se conserva en Egipto, hasta en nuestros tiempos (1).» Esta costumbre es un ejemplo de una tentativa dedicada á conquistarse el favor del vencedor por medio de una sumision absoluta; los actos por este deseo inspirados son el origen de las salutations.

Cuando, al comienzo de esta parte cuarta, quise demostrar con un ejemplo que la ceremonia precede no solo á la evolucion social si que tambien á la evolucion humana, cité la actitud de un perrito que se echa de espaldas en presencia de un perro grande que le asusta; muchos lectores habrán creido sin duda que lo que yo fundaba en esta conducta tenia algo de forzado. Pero no hubieran tenido esta idea si hubiesen sabido que entre los seres humanos se encuentra la misma manera de conducirse. «Se echan de espaldas al suelo, dice Livingstone describiendo el saludo de los Batokas, se revuelcan de un lado á otro y se golpean la parte externa de los muslos en señal de agradecimiento y bienvenida (2).» Esta actitud que significa: «no teneis necesidad de subyugarme, estoy ya sometido,» es el mejor medio de saludar. La resistencia irrita los instintos destructores; tendiéndose de espaldas se demuestra que ya no se pretende resistir. Hay otra actitud, igualmente desesperada, que atestigua de una manera más complicada la sumision. «En Tonga-Tabu... la gente del estado llano muestra á su gran jefe... el mayor respeto imaginable prosternándose ante él y poniendo el pescuezo bajo su planta (3).» La misma costumbre hay en África. Los mensajeros del rey de Fundah, dice Laird, «prosternáronse delante de mí y por turno, y pusieron su cabeza bajo mi pié (4).» En fin; entre los pueblos históricos, esta posicion que tenía su origen en la derrota, convirtiéndose en una señal de sumision reconocida.

De estas salutations primitivas que representan por completo la actitud del vencido bajo los piés del vencedor, provienen las salutations que expresan de diferentes maneras la sumision del esclavo al dueño. En Oriente, en la antigüedad, existia esta manera de expresar la sumision. «Los servidores de Benhadad, por ejemplo, ciñéronse con un saco los riñones y fueron al rey de Israel poniendo cuerdas sobre su cabeza.» En el Perú, donde estaba tan adelantado el tipo militar de organizacion, una de las demostraciones de humildad consistia en presentarse con las manos atadas y una cuerda al cuello. En ambos ca-

(1) Lewis and Clarke. *Travels, etc.* 265.

(2) Livingstone. *Missionary Travels, etc.*, 192.

(3) Forster. *Observations, etc.*, 361.

(4) Macgregor Laird and Oldfield. *Expedition into interior of Africa, by the Niger.* London, 183, I, 192.